

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano,
Manuel Orozco y Berra,
Hilarion Frias y Soto,
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, AGOSTO 1º DE 1875.

{ NUM. 89.

CHAPULTEPEC.

Ahí está alzándose atrevido hasta ceñir las nubes por corona. Héle ahí dibujando su elegante silueta sobre el tranquilo fondo de los cielos; héle ahí dominando todo el valle, desde la altura donde la mano del hombre lo asentó. Salve, reliquia de otros tiempos; en tu grandeza, me pareces un monarca que sentado en su trono impone á sus vasallos con la majestuosa altivez de su persona, paseando sobre ellos con lentitud su dominante mirada.

¡Chapultepec! ¡A cuántos poderosos serviste de mansion! ¡Cuántas grandezas se han desplegado en tus espaciosos salones! ¡Cuántos y cuán grandes cataclismos presenciaste!

¡Quién sabe cuántas veces mirarias bajo tus sabinos á los hijos de Moctezuma ejecutar al rayo melancólico de la luna sus acompasadas danzas! ¡Y quién sabe cuántas veces sus cánticos guerreros interrumpirían tu silenciosa calma! Como mueren por la tarde las flores que se abrieron por la mañana, así han sucumbido los grandes; así ha pasado la efímera existencia de las generaciones. En tanto tu castillo, monumento del hombre, se mantiene en pie sobre su alto pedestal; y sus cedros seculares, monu-

mentos de la naturaleza, siguen impassibles presenciando nuevas glorias y nuevas miserias. Tus esbeltas columnatas, tus aéreos jardines, forman en nuestra historia una página fecunda en recuerdos. Al contemplarte desde lejos, creo leer sobre tu frente escrito en rasgos de luz: ¡GLORIA Á ANÁHUAC!

Ya estamos á tus piés; por fin penetro en la melancólica corona que te tegió la naturaleza. Gratísimo es el sentimiento que conmueve á mi espíritu bajo la sombra de los gigantescos sabinos; sus troncos, que se elevan en el aire á grande altura, forman una bóveda en que los rayos luminosos se quiebran y palidecen; el castillo que se alza encima de ella trayendo á la memoria las mansiones señoriales de la Bohemia en la edad média; la extension azul que se entrevé apénas; el silencio casi no interrumpido sino por el débil gorjeo de los pájaros que se agitan entre aquel ramaje eternamente verde, eternamente inmóvil; todo contribuye á formar un conjunto grande á la vez y severo; la impresion estética que produce, pudiera traducirse así: *revelacion de lo inmutable y lo grandioso*. Al sentirse cobijado por aquellas copas majestuosas, no se puede sino evocar recuerdos de gloria, de elevacion, de grandeza, que en la imponente majestad del bosque ad-

quieren un tinte melancólico; si se compara ésta con la risueña impresion que deja la vista de la menuda yerba y del movable y fresco follaje de las cercanías, entónces se comprende que léjos de ser el hombre, como su vano orgullo le aconseja, *el rey* de la creacion, es ella quien como soberana absoluta le impone sus leyes, obligándole á seguir hasta el curso de ideas que ella le marca. ¡Pobre rey! ¡Atomo de un átomo del universo! Esclavo de la naturaleza que le impone su yugo inevitible; esclavo de sí mismo. Esclavo del tiempo, que le hunde despiadado en la tumba que tanto teme en su ignorancia; del tiempo que surca su frente y encanece su cabeza, como ha encanecido las altivas cabezas de los árboles del bosque, y que hundirá un dia en el abismo del no ser, ese soberbio castillo. ¿No temblareis, vosotros, los eternos, los altivos cedros cuando sintais rodar con terrible estruendo sus piedras ennegrecidas? Quizá tambien entónces doblareis hasta el polvo vuestras frentes, para no levantarlas jamás, porque estais tambien sometidos á ser, para dejar de ser.

ANGELA LOZANO Y GOMEZ.

Julio 7 de 1875.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO IV.

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DE REUNIONES.

SECCION TERCERA.

De los banquetes. *

I

Siempre que hayamos de dar un banquete, preparemos de antemano todo lo que para ello exija nuestra acción inmediata ó nuestra intervencion, á fin de que á la hora de llegar los convidados nos encontremos enteramente expeditos para recibirlos. Cuando los dueños de la casa, en lugar de permanecer en este acto en la sala de recibo, con aquel aire de tranquilidad que revela el convencimiento de no haber dejado nada por hacer, aparecen inquietos, salen con frecuencia de la sala, oyen y resuelven consultas relativas á la comida y dan disposiciones á los sirvientes; cuando su prevision no ha alcanzado á evitar que en tales momentos se hagan entrar en la casa, á la vista de los convidados, las viandas que se han preparado en otra parte, ó cualesquiera otros objetos necesarios para la mesa, no solo se manifiestan incapaces de desempeñar dignamente los deberes que se han impuesto, sino que ocasionan á la concurrencia el desagrado de ver que el obsequio que recibe cuesta demasiados afanes y fatiga.

II

No es sin embargo una falta, que durante el tiempo en que van llegando los convidados, la señora ó el señor de la casa se alejen alguna vez de la sala con el objeto de inspeccionar la mesa; con tal que lo hagan sin manifestar inquietud, y que en su ausencia queden aquellos acompañados de personas de su familia.

III

El número de servicios no puede sujetarse á regla, por cuanto depende de circunstancias diversas, tales como la mayor ó menor etiqueta del banquete, la suntuosidad, el número y las calidades esenciales de los manjares, la extension de la concurrencia, y sobre todo, la moda y el gusto particular de las personas que dirigen la mesa. Sin embargo, puede asegurarse que en lo general los servicios son dos: el primero compuesto de la sopa, los platos fuertes, las ensaladas, etc., y el segundo de los postres.

IV

Las viandas de que ha de constar cada servicio, se colocan todas de una vez en la mesa, distribuyéndolas de un modo proporcional y conveniente, y ordenándolas con primor y simetría, de manera que todos los circunstantes puedan ser servidos cómodamente, y que el conjunto de fuentes y utensilios produzca una impresion agradable á la vista.

* Aunque la palabra *banquete* signifique "una comida espléndida á que concurren muchos convidados," entiéndase que las reglas de esta seccion, casi en su totalidad, son extensivas á toda reunion de mesa, por pequeña que sea, y aun cuando las personas que las compongan se traten entre sí con íntima confianza. En el cuerpo de la seccion se verán algunas reglas que son peculiares á las reuniones de esta última especie; dejándose á la prudencia de cada cual, al aplicar á ellas las demás reglas, el modificarlas en cuanto sea necesario y de la manera que sea mas propia de cada caso.

No está de más advertir en este lugar, que, segun los principios generales que hemos sentado, las reglas que se refieren á aquellos actos que son puramente de etiqueta, y que no emanan directamente de las leyes inmutables de la propiedad y el decoro, están siempre sujetas á las alteraciones que provienen de los caprichos de la moda, y subordinadas á los usos y estilos de cada país.

V

No es posible admitir que se convide á un caballero á un banquete para ponerle á trabajar; ni que los dueños de la casa se contraigan á ocupaciones materiales y dilatadas, cuando para *hacer los honores de la mesa**, animando la conversacion, haciendo que los convidados estén bien servidos, y procurando, en fin, que el placer y el contento presidan la reunion, necesitan conservar su atencion enteramente libre y expedita. Deben, pues, ser los sirvientes los que se ocupen en servir la sopa, operacion que se ejecutará inmediatamente antes de llamar á comer, y en trinchar y servir los platos fuertes, los cuales se colocarán al efecto en una mesa que se sitúe á poca distancia de la mesa principal; quedando solo á cargo del dueño de la casa y de los caballeros convidados, el servir aquellos platos que no exijan operaciones laboriosas ni necesiten del uso del trinchante.

VI

Sin embargo, en las reuniones muy pequeñas no se acostumbra comunmente situar ningun plato en mesa aparte. En estos casos, la señora de la casa sirve la sopa, la cual debe aceptarse por todos sin pasarla nunca á otra persona; y el señor de la casa trincha y sirve los demás platos, auxiliado de alguno de los caballeros convidados, que procura sean siempre los de su mayor confianza, cuando por no ser la reunion demasiado pequeña, han de quedar algunas fuentes muy distantes del lugar que él ocupa.

VII

Los dueños de la casa harán poner de antemano en la mesa, junto con cada cubierto, una tarjeta que contenga el nombre de la persona que ha de ocupar aquel lugar, la cual se conservará en él en todos los servicios; teniendo para ello presente: 1º, que las señoras deben estar interpoladas con los caballeros, procurándose que cada uno de éstos quede al lado de la señora que conduzca á la mesa; 2º, que las personas entre sí relacionadas por vínculos de inmediato parentesco, deben colocarse á alguna distancia unas de otras; 3º, que la señora de la casa debe ocupar el centro de la mesa, del lado que dé el frente á la entrada principal del comedor, situándose á su derecha el caballero mas caracterizado, y á su izquierda el que siga á éste en respetabilidad; 4º, que el centro del lado opuesto debe ser ocupado por el señor de la casa, situándose á su derecha la señora mas caracterizada, y á su izquierda la que siga á ésta en respetabilidad.

VIII

Quando el banquete tenga por objeto obsequiar á una determinada persona, será ésta precisamente la que ocupe el lado derecho de la señora ó del señor de la casa, segun que sea un caballero ó una señora; á ménos que se encuentre presente alguna persona que por su edad ú otras circunstancias sea en alto grado superior á aquella, pues entónces es de etiqueta el dar á la mas caracterizada el lugar mas preferente. En estos casos, la persona que es objeto del obsequio, será colocada á la izquierda de la señora ó del señor de la casa, y nunca en otro puesto, aun cuando sean varias las personas de mayor categoría que se hallen presentes.

IX

Quando es á un extranjero á quien se obsequia con un banquete, es una muestra de muy fina atencion el presentarle algunos manjares cuya calidad ó preparacion le recuerden su país, y le hagan por lo tanto mas grato y mas apreciable el obsequio.

X

En los banquetes á que no concurren señoras, el señor de la casa ocupará el centro de la mesa, del lado que dé el frente á la entrada principal del comedor, situándose á su derecha la persona mas ca-

* Esta frase está en el mismo caso que la de *hacer los honores de la casa*.

racterizada, y á su izquierda la que siga á ésta en respetabilidad; y el centro del lado opuesto será ocupado por la persona que entre los demás concurrentes sea mas caracterizada, la cual quedará en medio de las dos personas que le sigan en respetabilidad, dándose siempre la preferencia de la derecha á aquella de las dos que sea mas caracterizada.

XI

Quando en un banquete se hallen presentes varios Ministros de Estado, la preferencia en los puestos que han de ocupar en la mesa, será establecida por el rango que cada cual ocupe en el Gabinete: si se hallan presentes varios Ministros extranjeros, la preferencia será igualmente establecida por el rango diplomático de cada cual; y entre un Ministro de Estado y un Ministro extranjero, aquel tendrá siempre el lugar mas preferente. Siendo el Jefe del Estado el que dé el banquete, es de etiqueta que posponga en la mesa sus Ministros á los Ministros extranjeros.

XII

Al preparar la mesa, se colocará, junto con cada cubierto, una servilleta destinada para el uso exclusivo de cada una de las personas del convite, reemplazándose siempre todas las servilletas en cada servicio, por otras que aún no hayan sido usadas.

XIII

En las reuniones de confianza pueden dejarse unas mismas servilletas para todos los servicios; pero cuidándose muy escrupulosamente, al pasar de un servicio á otro, de que cada cual conserve la misma servilleta que desde el principio ha usado.

XIV

Las instrucciones que han de recibir los sirvientes para el buen desempeño de sus funciones, deberán dárseles precisamente antes de llamar á la mesa, pues durante la comida, es altamente impropio que los dueños de la casa se ocupen en dar disposiciones relativas al servicio; y para aquellas órdenes y advertencias que en tales momentos lleguen á ser indispensables, deben procurar, si es posible, hacerse entender por sus sirvientes tan solo con la vista.

XV

Una vez arreglada la mesa, y dispuesto todo lo necesario para la comida, los dueños de la casa y los concurrentes se trasladarán al comedor; procediéndose en este acto en la misma forma que quedó establecida en el párrafo XII, de la seccion 3ª, y procurándose (§ VII) que cada caballero conduzca á la señora á cuyo lado ha de sentarse á la mesa.

XVI

Las personas que van entrando al comedor, aguardan de pié á que llegue la señora de la casa, y entre tanto, cada caballero busca en la mesa su propia tarjeta y la de la señora que ha conducido, á fin de que todos puedan tomar asiento oportunamente sin confusion ni embarazo.

XVII

Llegada la señora de la casa al comedor, toma ella su asiento, y todos los demás hacen lo mismo inmediatamente; apartando cada caballero la silla que ha de ocupar la señora que ha conducido, para que ésta pueda entrar cómodamente á sentarse, y esperando á que sea ella la primera que se coloque para tomar el despues su asiento. Los caballeros acostumbran hacer en este acto una ligera cortesía á las señoras que han conducido, la cual les es correspondida por ellas con otra cortesía.

XVIII

Al sentarse á la mesa, cada persona toma su servilleta, la desdobra y la extiende sobre las rodillas; teniendo presente que ella no tiene ni puede tener otro objeto que limpiarse los labios, y que el aplicarla á cualquiera otro uso es un acto de muy mala educacion.

XIX

Cuando al llegar los concurrentes á la mesa encuentran ya servida la sopa (§ v), ninguno empieza á tomarla ántes que la señora de la casa; mas cuando la sirve ésta en la misma mesa (§ vi), cada cual empieza á tomarla tan luego como le es presentada. De este plato no se hace servir ninguna persona por segunda vez, ni aun en las reuniones pequeñas y de mucha confianza.

XX

Luego que se ha tomado la sopa, el señor de la casa sirve vino á las señoras que tiene á su lado, y ya desde entónces los demás caballeros proceden á servirlo á las demás señoras y pueden tomarlo ellos mismos.

XXI

En el primer servicio, todos se sirven libremente de los vinos que están en la mesa, sujetándose, en cuanto es posible, á lo que esté recibido respecto de la clase de vino que se toma despues de cada plato. Mas en los postres, los licores que á ellos se acompañan los sirve generalmente el dueño de la casa, á veces por sí y casi siempre por medio de los sirvientes.

XXII

Los licores que, segun el párrafo anterior, sirva ó haga servir expresamente el dueño de la casa, no se rehusan jamás por ninguno de los circunstantes. Cuando una persona tiene algun impedimento físico para tomar en tales casos el licor que se le ofrece, hace siempre al dueño de la casa el acatamiento de aceptarlo, y se limita á tomar una pequeña parte ó á llevarlo á los labios.

XXIII

En la mesa no se hace jamás una segunda excitacion para tomar de un manjar, y mucho ménos de un licor. La persona que apetezca lo que le ofrecemos, lo aceptará desde luego; y si no lo acepta, es prueba de que le haríamos un mal, léjos de un obsequio, obligándola á tomarlo.

[Continuará.]

REFRACCION DE LA LUZ.

Al salir de la escuela un dia por la tarde, se fué el niño Enrique muy presuroso á su casa, donde llegó al poco rato lleno de contento y satisfaccion. Su madre, que debia refírle casi todos los dias porque se entretenia demasiado por las calles, quedó algun tanto admirada de su puntualidad, y se disponia á elogiar su buen comportamiento de aquella tarde, cuando corriendo Enrique hácia ella le besó la mano y le dijo:

—Mañana quiero levantarme temprano, muy temprano, mamá.

—¿Cómo es esto, hijo mio? contestó su madre.

—Es que el maestro nos ha explicado esta tarde el modo cómo sale el sol. Nos ha dicho que este hermoso astro se nos presenta á la vista aun ántes de que se halle sobre el horizonte, y precisamente con una magnitud mucho mayor que la que parece tener despues; lo cual dice que es efecto de la refraccion de los rayos de luz. ¿Sabe vd., mamá, lo que es la refraccion de la luz?—No? pues voy á explicárselo á vd. del mismo modo que lo ha contado el señor Maestro, porque recuerdo perfectamente cuanto nos ha dicho.

La luz es producida por diferentes cuerpos, que se llaman por este motivo luminosos, siendo uno de los principales el sol. Al salir de ellos, se mueve en línea recta por el espacio y atraviesa muchas veces el espesor de otra clase de cuerpos llamados diáfanos ó transparentes. Como por ejemplo, un cristal, el agua, el aire, etc. Ahora bien: dice que los rayos de luz al pasar de un cuerpo diáfano á otro, se refractan, es decir, se tuercen, no siguiendo la direccion primitiva. Y para que nos convenciéramos á puesto el señor Maestro una moneda en el fon-

do de un lebrillo, de manera que no la pudiéramos ver: mas luego que ha echado agua, todos la hemos visto perfectamente sin movernos del sitio que ántes ocupábamos. Entónces nos ha manifestado que una cosa parecida sucedia con el sol, al cual, por efecto de la refraccion de sus rayos al atravesar las diferentes capas de aire que forman la atmósfera, lo vemos ántes que realmente esté sobre el horizonte. Despues nos ha preguntado si lo habíamos visto salir alguna vez.

—Y ¿qué has contestado tú, hijo mio?

—Mamá, yo le he dicho muy avergonzado que nunca lo habia visto salir.

—Ya lo creo que te habrás avergonzado al tener que confesar tu pereza. Sí, hijo mio, tu pereza, pues si no fueras tan perezoso ¡cuántas veces habrias visto salir el sol! Y lo peor es, que la pereza pertenece al número de los pecados capitales, de aquellos siete vicios tan funestos que son la causa de todos los demás pecados. A la pereza, Enrique, se deben casi siempre las desgracias que sobrevienen á los hombres, y si tú no te enmiendas, créeme, serás olvidado de Dios y despreciado de tus semejantes. *Al que madruga, Dios le ayuda*, dice un refran, y puedes creer que es muy verdadero, porque yo misma lo he visto confirmado en diferentes ocasiones.

—Pues bien, mamá, desde hoy prometo levantarme temprano. Mañana me llamará vd. á las cinco y nos marcharemos juntos, porque tengo muchos deseos de ver salir el sol.

Y en efecto; al siguiente dia, Enrique se levantó á las cinco de la mañana, hora en que le llamó su madre. Contento y satisfecho, se vistió de prisita, sin olvidarse, empero, de las oraciones que todos los dias rezaba á Dios, á la Virgen santísima y al santo Angel custodio.

Al poco rato, salió con su madre á dar un paseito por los alrededores de la villa, durante el cual, vieron y observaron cosas muy bonitas, que os las explicaré mas tarde, queridos niños.

La liebre y sus amigos.

(FABULA.)

Cierta señora liebre,
De corazon sencillo,
Tan solo se afanaba
Por grangearse amigos.
Criada allá en los bosques,
No habia conocido
Que era una fruta escasa
En el presente siglo.
Si pasaba un conejo,
Le salia al camino,
Y afable y carifiosa
Decíale: primito,
Junto á mi madriguera
Hay un hermoso sitio
Lleno de fresca yerba:
Vente á almorzar conmigo,
Y allá murmuraremos
Del mundo y sus delirios.
Si veia algun potro
En el prado vecino,
Iba allá, y le decia:
—Usted, segun he visto,
Se ve muy fatigado,
Y aun de la sed rendido;
Pero al fin si le place,
Al instante me obligo
A llevarle á un arroyo
Muy manso y cristalino.

En fin, por no cansarnos,
El cumplimiento mismo
Usaba con los gamos,
Carneros y novillos,
De cada cual queriendo
Hacerse un fiel amigo.

Un dia, pues, dormia
Mi buen animalito,
Cuando del ronco cuerno
La despertó el sonido,
Y atisbó cuatro galgos

Muy cerca de aquel sitio,
Aguzando á porfia
Sus feroces colmillos.
Ira de Dios! ¡cuál corre
Por cerros y por trigos!
¡Qué vueltas y revueltas!
¡Qué saltos, y qué brincos,
Por burlar á los galgos
Que la acosan unidos!
Hasta que, algo apurada,
Repara si en su auxilio
Se le aparece alguno
De sus muchos amigos;
Y descubrió, en efecto,
A cierto conejito
Que, cual si fuera hermano,
Trataba de continuo:
Llégase allá y le dice:
—Corriendo, amigo mio,
Sálvame en tu huronera
De tan grave peligro,
Pues en mi alcance llegan
Mis fieros enemigos.
—¡Cuánto siento tu pena!
La respondió tranquilo;
Pero de modo alguno
Darte podré ese alivio,
Pues de parir acaba
En este instante mismo
Mi esposa, y el albergue
Ocupa con sus hijos:
En otro lance cuenta
Con mi infeliz asilo.
Parte mi pobre liebre
Con tan gentil cumplido,
Y á pocos pasos topa
Con un señor novillo,
A quien en mil urgencias
Habia socorrido,
Y postrada, le ruega
Que detenga un poquito
A los feroces galgos,
Mientras con tal arbitrio
En salvo se ponía.

—Con cuánto regocijo
Te serviria, dice,
Si no oyese el bramido
Con que me está llamando,
Desde aquel bosque umbrío,
Mi querida becerra;
Y no será bien visto
Que de enojarla trate
Por darte pronto auxilio.
Fuése, y dejó á mi liebre,
Como el adagio dijo,
Con un palmo de orejas
Y dos varas de hocico:
De modo que, cansada,
Y en el peligro mismo,
De un gamo en la camada
A guarecerse vino;
¡Pero sí! á la otra puerta;
Pues no bien hubo oido
Que hay galgos en la costa,
Dejándose de ruidos,
Ahí te quedan las llaves,
Dice, que yo las lio
A salvar mi pellejo.
Pues y ahora, ¿qué arbitrio
Cuando los galgos lleguen?
Solo el darse á partido,
Como lo hizo la liebre,
A los señores míos:
Conociendo, aunque tarde,

Que no es muy buen aviso
El querer grangearse
Gran número de amigos,
Pues uno solo basta
Si es verdadero y fino.

EL AGUINALDO.

Aquellos dos niños de quienes hablamos, levantáronse muy temprano el día de Navidad.

Sus padres les tenían prometido un aguinaldo, y pensando en él, apénas habían podido dormir.

Levantáronse, repito, muy temprano, y ambos corrieron á saludar á sus padres; pero éstos, que ya presumían lo que sucedió, habían cerrado la puerta del cuarto en donde dormían, á fin de que no se les turbara el sueño.

Era tal el afán con que los niños deseaban saber en qué consistía el aguinaldo prometido, que al ver cerrada la habitación de sus padres creyeron que se les había engañado.

Bastante tristes marcharon hácia el comedor, mirándose el uno al otro, como consolándose mutuamente, cuando al tiempo de entrar en él vieron sobre la mesa dos cestitas muy bien adornadas.

En seguida desaparecieron de aquellos niños la tristeza y la melancolía.

Avanzaron: y al leer en las cestitas sendos letreros que decían: «PARA EL NIÑO,» «PARA LA NIÑA,» cogió cada cual la que creyó corresponderle.

Lo primero que hicieron, hijos míos, ya os lo podéis figurar: descubrieron sus cestitas, y encontraron turrónes, confitura y un bonito devocionario cada uno, para leer en él cuando estuvieran en la iglesia.

De muy buena gana hubieran ido á enseñar el presente á sus queridos padres; pero por no incomodarles tan temprano, resolvieron hacer sabedor de todo á su abuelito, que madrugaba mucho y que, como de costumbre, se hallaba ya leyendo en su despacho.

Fuéronse allí, llamaron á la puerta, salió á recibirles su abuelito; y sin acordarse de saludarle como lo hacían siempre, abrazáronsele, dando todos pruebas evidentes del gozo que sentían, despues de lo cual entablóse entre ellos el siguiente diálogo:

Niños.—Oiga vd., abuelito: ¿por qué nos dan el aguinaldo solamente una vez al año? Si vd. dijera á nuestra madre que lo hiciera con mas frecuencia...

Abuelito.—Hola! hola! Con que os gustaria que los regalitos como el de hoy se os hicieran mas á menudo, ¿eh?

Niños.—Sí, señor. Son tan buenos los turrónes y la confitura, y....

Abuelito.—Ya lo creo, hijos míos. Tambien á mí me gustan las cosas buenas; pero si siempre comiese esas golosinas, además de que perdería la salud, gastaría mucho dinero.

Niños.—Pues, en qué consiste que hoy todos gastan dinero para comprar estas cosas? Todos los niños comen turrónes, tanto los pobres como los ricos.

Abuelito.—Hoy, hijos míos, es el día de Navidad. Hoy celebramos el nacimiento del niño Jesus.

Niños.—De aquel Niño que nació en el portal de Belén?

Abuelito.—Sí; y como Jesus nació en este día, y como Jesus nos enseñó lo que habíamos de hacer para ir al cielo....

Niños.—Es verdad, abuelito. El otro día nos explicaron eso á los dos en la escuela á donde asistimos. Y tambien nos dijeron que si Jesus no hubiera nacido, no habríamos podido ir al cielo.

Abuelito.—Y es cierto, hijos míos; porque como todos nacemos con un pecado llamado original, no iríamos al cielo si Jesus no nos hubiera dejado en el mundo el remedio para perdonarlo.

Niños.—Y qué remedio nos dejó, abuelito?

Abuelito.—Nos dejó el Bautismo, hijos míos, y habeis de saber que ninguno puede ser cristiano sin haber recibido aquel Sacramento.

Niños.—Ah! Ya nos acordamos, ya. Segun nos han enseñado en la escuela, cuando San Juan bautizó á Jesus en el río Jordan, recibió el agua la virtud de quitarnos el pecado original.

Abuelito.—Así es, hijos míos; por manera que si Jesus no hubiera nacido, ni sabríamos qué hacer para ser buenos, ni el agua tendría esa virtud de borrar el pecado.

Niños.—Y no hubiéramos podido ir al cielo.

Abuelito.—Ciertamente. Por eso hoy estamos tan

contentos todos los cristianos; por eso anoche hubo misa de gallo; por eso las familias se divertían tanto, por eso en la comida de todos habrá hoy algo extraordinario, y por eso tambien las madres darán algun aguinaldo á sus queridos hijos.

Niños.—Ahora sabemos, abuelito, por qué nuestra madre nos hace este regalo solamente una vez al año.

Abuelito.—Id á ver si se ha levantado para saludarla, y cuando lo hayais hecho vendreis conmigo á misa; pues la fiesta del nacimiento de Jesus no se celebra bien comiendo turrónes y recibiendo aguinaldos.

Niños.—Bien, abuelito; vamos en seguida. ¡Viva el niño Jesus!

Y ambos hermanitos marcharon en busca de su querida madre, con el objeto que les habia manifestado el abuelito.

Los niños, las flores, y las aves.

¿No os gustan las aves, queridos niños? No os agradan las flores, amadas niñas? Yo puedo deciros francamente que las tres cosas que mas me placen de la tierra, sois vosotros, las flores, y las aves.

Me han obligado á hablaros, y digo obligado, no porque no me sea grato dirigiros la palabra; ¿á quién es mas dulce hablar que á los que se ama? sino porque trabajando todo el día para vosotros, para hacerlos buenos y felices, tendré que robar al descanso las horas dedicadas á hablaros por escrito. Además, hablando cuando solo me ois vosotros, con la elocuencia del corazón, me comprendéis, ó mejor, nos comprendemos mutuamente, porque nos amamos, y nadie repara la escasez de recursos en mi oratoria, ni la falta de adornos en mi lenguaje, y ahora.... pero ¿qué importa? hablaremos como si estuviésemos solos: si vosotros me escuchais y me entendéis; si mis palabras penetran en vuestro corazón; si hago brotar de vuestros ojos una lágrima de ternura; si excito en vuestra alma un sentimiento de caridad; si os inspiro la resolución de practicar una virtud, ó de corregir un defecto, consideraré de algun valor el sacrificio que me imponen el reconocimiento y la amistad.

A todo esto, ¿qué tenemos que ver nosotros, me direis, con las flores y las aves? Voy á deciroslo. Sois pequeños como las violetas, suaves como los jazmines, frescos y encarnados como los capullos de rosa, cándidos como los lirios, y graciosos como los alelíes. Sois alegres como los gilgueros, sencillos como las palomas, tímidos como las tórtolas, lindos como los canarios, chiquitos como los polluelos, y... ¡chit!... y habladores como las cotorras. Por estas simpatías entre las aves, las flores, y vosotros, y entre vosotros y yo, he pensado enseñaros el lenguaje de las flores y las aves.—¿Cómo! ¿Las flores hablan? jamás lo hemos oído.—Sí, hijos míos, las flores, aunque no pronuncian palabras articuladas, tienen un mudo y misterioso lenguaje digno de estudiarse, con el cual nos enseñan muchas cosas.—¿Y las aves? ya entenderé lo que dice mi canario cuando canta? habrá que estudiar mucho para eso? ¿será mas difícil que el francés?—No, hija mía, tú no entenderás el canto de las aves, pero verás que cada una de ellas nos enseña alguna virtud, y ésta la comprenderás sin grande estudio; empecemos.

EL GIRASOL.

(Significa amor á Dios.—Oracion).

Mariano, José, Eugenio, Anita, Enriqueta y Dolores habitan una espaciosa casa con jardín. Sus padres, Don Luis y Doña María, habían preferido tener una modesta mesa, vestir con suma sencillez, amueblar sin lujo la casa, y vivir en uno de los barrios extremos de la ciudad, á trueque de proporcionar á sus hijos habitación cómoda y sana, y jardín donde pudiesen cultivar las flores, y criar las aves que tanto les gustaban. En la primavera los hacían levantar muy temprano (como deben hacerlo los buenos niños) y despues de rezar, y repasar las lecciones, les permitían pasear un rato por el jardín ántes de ir al colegio. Su madre, señora de mucho

talento, estaba con ellos, siempre que podia, aprovechando las ocasiones de instruirlos y corregirlos.—Mamá, (dijo una mañana Anita que, como tenía ya 10 años, estaba encargada de vestir y cuidar á su hermanita que contaba cinco), Dolores no ha querido rezar hoy. La madre miró severamente á la acusada, que bajó la cabeza, pero no le dió ninguna reprensión.—Mire vd., mamá, dijo Enriqueta sorprendida, esta flor amarilla, ayer tarde estaba de cara aquí, y ahora está vuelta hácia el otro lado: ¡qué extrañeza!—Esta flor, dijo la madre, se llama Girasol, porque vá siempre volviéndose hácia el astro del día, y es para nosotros un símbolo y una lección.

Los dos niños se habían agrupado al rededor de su madre, y la escuchaban atentamente.

—Nosotros debemos imitar á esta flor dirigiéndonos de continuo hácia el sol de nuestras almas, que es Dios, de quien recibimos la vida, y al que debemos cuanto somos y cuanto poseemos. El aire que respiramos, el sol que nos alumbra, el agua, los animales y vegetales que nos sustentan y nos visten, son dádivas de su bondad. Los sentidos del cuerpo, y las potencias del alma, la vista con que contemplamos ora el cielo tachonado de estrellas, ora la tierra esmaltada de flores; el oído para percibir los suaves trinos de las aves, ó el ronco bramido de las olas, ó el rugido del viento; el olfato para sentir el aroma de las plantas, el gusto para saborear las delicadas frutas; la memoria para recordar, entendimiento para comprender, la voluntad para amar á vuestros padres, ¿quién os las ha dado?—Dios, respondieron en coro los niños.—Luego á Dios debemos dar gracias por sus beneficios, si no queremos ser unos ingratos. Además, aunque colmados de tantos favores, somos débiles de alma y cuerpo, tenemos mil necesidades, y debemos pedir á Dios lo que nos falta. ¿Qué dirías de un niño que recibiendo continuos dones de su padre no le diese jamás las gracias, le dirigiese pocas veces y con frialdad la palabra, y no quisiese pedirle con filial confianza cuanto necesitase?—Que no le amaba.—Pues nosotros somos hijos de Dios, tierno padre que además de los cuantiosos beneficios que nos dispensa, nos reserva una herencia inmortal en su gloria. No olvidemos nunca que en todas partes nos oye y nos ve; pensemos en él muchas veces durante el día; dirijámosle tiernos suspiros, palabras cariñosas, pidámosle confiadamente...—Mamá, interrumpió José, ¿qué es lo primero que debemos de pedir á Dios? porque yo necesito tantas cosas!—Que nos ayude á ser buenos, que conserve la vida á nuestros padres, y que convierta á los malos. Le hemos de pedir lo que él mismo nos enseñó en el Padre nuestro, cuyas peticiones explicadas estudiareis en el catecismo.—¿No hay ninguna flor que se llame *Giraluna* y nos enseñe á ser devotas de la Virgen? preguntó Enriqueta.—Muchas flores hay que simbolizan las virtudes de María, contestó la madre sonriendo, aunque no tengan el nombre que tú dices. Debemos amar de todo corazón á la dulce madre de Jesus, que es tambien nuestra buena madre, y dirigirla con frecuencia afectuosas súplicas. Muy desgraciada es la niña que no ama con toda su alma á la Santísima Virgen, y no le ofrece todos los días fervientes ruegos; aunque lleve uno de los mas bellos nombres de la celestial Reina, no será hija querida suya, ni merecerá su amor y sus gracias.

La madre, al concluir estas palabras, miró á Dolores; ésta se acercó con los ojos llenos de lágrimas.—Mamá, exclamó, perdóneme vd. y pida vd. á Dios y á la Virgen que me perdonen, que prometo rezar todos los días.

RESOLUCION DE LOS PROBLEMAS INSERTOS EN EL NUMERO ANTERIOR.

ARITMÉTICA.

1º 388.800 letras.—2º 988,075308 esc.—3º 504 esc.

ECONOMIA DOMÉSTICA.

Salió mas ventajoso el vestido que costaba á 18 rs. vara, porque con él se ahorraron 36 rs. en los 4 años.